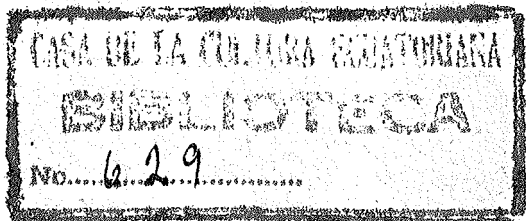


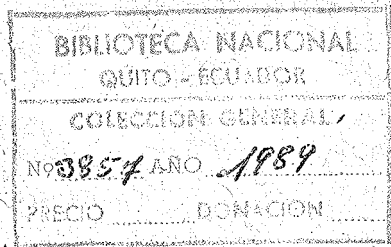
DIFUSION Y PROPANDA
DE LAS LETRAS DE LA
REPUBLICA DEL ECUADOR

Grupo América
Casilla N° 75
Quito, Ecuador

AUGUSTO ARIAS



PAGINAS DE QUITO



0001847 - E

QUITO
IMPRENTA MUNICIPAL
1939

NOTA

Atentos al reclamo que del ensayo de nuestro compañero Augusto Arias, MUJERES DE QUITO, se había hecho por parte de lectores del exterior y del país, resolvimos reimprimirlo en cuerpo separado, ya que en antes había aparecido en revistas del Ecuador y de América, y, con anuencia del autor, incluir en el presente libro, cuya edición auspicia el I. Concejo Municipal de Quito, otras páginas de la ciudad, escritas en diversas épocas y confiadas a la efímera prensa.

Grupo América

EL EVOCADOR

AUGUSTO Arias ha sido un viajero entusiasmado para quien las cosas mínimas dijeron confiada y cordialmente su mensaje modesto, y que amó más la humilde y oculta belleza que la hermosura orgullosa y monumental, destacadamente obvia, colocada de frente como una interrupción. Se inició en él un afán perseverante de búsqueda que habría de traerlo, como lo ha traído, a la sentimental exploración del pasado. Que habría de llevarlo, como lo ha llevado, a andarse de caza por los sotos vedados de siglos, cuyos límites defienden los días enhiestos. Que lo conduciría a la beata patricia Mariana de Jesús y al indio enciclopedista Eugenio Espejo, el nuevo

Luciano. Es la necesaria proyección de un trazo de parábola.

Augusto Arias nace en Quito. Ocasionalmente, porque él viene de padres ambateños. No finca su tradición familiar en los severos riscos del Pichincha, sino en la tierra floral y frutal del Tungurahua. Empero, la infancia acostumbró sus ojos a mirar en el espejo, borroso y empañado de tiempo, de la historia antigua de la andina ciudad de San Francisco, capitalidad de los shyrís silvestres y de los importados presidentes de la Audiencia y "arrabal del cielo". . . . A Augusto Arias se le satura el alma de emoción quiteña. Quiteña a casi ciento por ciento. De buena ley. En metal puro. Sin bastardas mezcolanzas. Apenas si con la aleación indispensable. El son provinciano que se anuncia en el canto fluente, como una suave

nota eglógica a veces, a veces como un llorar mascado. Lo demás es emoción ciudadana.

Augusto Arias ha sido ya biografiado. La narración de su vida ha sido desmenuzada al detalle. Analizada parte grande, si no el total de su obra. Estudiada su personalidad literaria con delicada atención. Alfonso Rumazo Gonzáles y José María Velasco Ibarra entre los más recientes, se han ocupado de eso. Habría, pues, que remitir al lector a aquellas fuentes. O presentarlo a Arias en relación con su aspecto novísimo, que quizá será el que habrá de influir decisivamente, por lo que se aprecia, sobre su labor futura, dándole el matiz y el cariz. Esto es: la evocación de figuras. Como un historiado teatro irrepresentable. Reflotando el personaje desde la sima de los años, sacándolo a superficie,

exhibiéndolo en un escenario hecho a propósito. Todo con un ritmo moderno. De cualquier modo, si lo último sería lo que quisiera hacerse— “Augusto Arias o el evocador” es el título de este artículo—, importa siempre decir algo del escritor anterior y del hombre. Cursa la enseñanza secundaria en el “Mejía”. En ese entonces las aulas del Instituto capitalino fueron pródigas en cosecha de intelectuales. Augusto Arias formaba parte de la inquieta muchachada que aspiraba a suscitar una inédita etapa en la literatura del Ecuador. Se unió con Carrera Andrade y con Escudero Moscoso para publicar una revista de juventud: “El Crepúsculo”. Hay que entender que el nombrecito aludía al crepúsculo de la mañana, pues esa briosa mocedad comenzaba a sentir fofos y vanos los claros de luna, las puestas

de sol, la serenata de Schuman y las otoñerías. Después de "El Crepúsculo" vinieron "La Idea" y "Vida Intelectual", revistas que tuvieron indiscutible significación en el proceso literario de la época y que representaron algo como "Renacimiento" en Guayaquil. En 1921 edita Augusto Arias su primer libro. Se llama "Del Sentir". Cruza por sus páginas un poeticismo dulce que acuerda con el estado de ánimo propicio. Hombre que amanece. Poeta que amanece. Al año siguiente aparecen los "Poemas Intimos". Si en este segundo libro ha mejorado la técnica, no ha variado fundamentalmente la inspiración, a punto de que no extremen desarmonía los poemas "Del Sentir" recogidos en el volumen reciente. A poco se hace oír en el poeta la voz de la herencia. Un afecto recóndito lo lleva al Ambato

de los antepasados. La ciudad ancestral, bonita como una muchacha campesina, le enciende en renovados fuegos la emoción urbanizada. Augusto Arias escribe en "Elogio de Ambato".

En nuestras ciudades ocurre todavía que se confiera al arte el triunfo helénico, el triunfo romano o el triunfo feudal. Con un solemne aparato. Ambato hizo de este poeta que vino para ensalzarla, su hijo adoptivo. No era extranjera ya, ni en la más corta manera, la voz que cantaba sus gracias adorables: las frutaledas a filo de río, el río parlanchín, las frutaledas aromadas, los nevados recortados en la noche, la noche beatífica, los nevados relucientes, y los poblados risueños, y los hatos, y las siembras.... Tras su canto a Ambato, Augusto Arias continúa haciendo poesía cordial. En

1927 sale de las prensas otro libro suyo de versos: "El Corazón de Eva". Su labor se complica. Entra como redactor en "El Comercio". Colabora con frecuencia en revistas ecuatorianas y del resto del continente. Trabaja en esa minúscula Academia que es el Grupo América. Consagra ratos a la crítica. Mueve soluciones para altos problemas de estética. Cultiva el ensayo. Y plasma nuevos volúmenes. En el antiguo colegio de su bachillerato, es profesor, ahora. Enseña literatura. Le beneficia el ejercicio de la cátedra. Hace una vida de investigación y de estudio. Ama a los clásicos. Los lee con un sostenido fervor. Se deja hechizar por el divino cisne de Mantua. Prepara un complicado análisis del maravilloso latino. Un capítulo de esa obra mayor es "Virgilio en Castellano", aparecido con ocasión del segun-

do milenario. Como muestras de su actividad de ensayista están ahí "La Estética del Barroco", "Apuntès acerca de la transformación de los géneros literarios" y sus artículos acerca de Goethe y sobre otros temas, publicados en el "Repertorio Americano"; de San José de Costa Rica. Por cierto, escribe versos. Pues Augusto Arias no ha dejado un solo instante de ser poeta activo y efectivo. Lo es, incluso en el ensayo, cuya sequedad elemental ilusiona con una brisa ligera y revoltosa. Debe serlo, sin duda, en la cátedra, donde se entusiasmará explicando a los alumnos, por ejemplo, como el soneto pudo originarse en Sicilia, hacia la centuria décimotercera, trasladado de las formas arábigas.... Habría que escuchar a este poeta esencial hablando de poesía esencial.... Pero Augusto Arias es poeta sobre todo cuando evoca.

Quito se apresta actualmente a modernizarse cada vez más. Se inocula un virus cosmopolita. Sin embargo, como toda vieja ciudad, no pierde por completo el regusto añejo. Todavía se hurtan por ahí, vergonzantes, humillados, rincones donde parecen desfilar sombras estafalarias de seres que vivieron en días idos ha rato.... Rincones donde, junto al zaguán que decoró escudo de armas, abre sus puertas el cuchitril de la buendiosería que expende novenarios, cirios pascales y santos de bulto, hechos por anónimos artífices al estilo de los imagineros de la edad media.... Sobre esos rincones, dispuestos al pie de quebradas profundas, se abalanzan las paredes traseras de las alzadas casas de cemento, empeñadas en negarlos a la vista del turista superficial como si fueran una lacra.... No obstante, duerme en ellos un poco

del alma ilustre de la ciudad. Augusto Arias ha penetrado en esos laberintos. Está ahí el Quito insigne. El de Miguel de Santiago. El de Santa Cruz y Espejo. El de Mariana de Jesús, también. El poeta llama con voz de sortilegio a la aristocrática doncella cuya santidad iba a ser una flor de lis esmaltada en el blasón de sus gentes hidalgas. Mariana de Jesús Paredes y Flores y Granobles Jaramillo, surge espectral y magnífica, arrastrando la cauda de su nombre pomposo y la cauda de su ingénita milagrería. Es deliciosamente pálida. De una cincelada lindura el rostro apacible. De una majestad sacra y real el porte egregio. El Quito suyo, ya “desflorecido de la riqueza incaica, comenzaba a prender en sus quiebras y en sus montículos la sonrisa castellana”. Era el Quito de 1618. Mariana de Jesús tiene por

el padre sangre toledana. La Imperial Toledo, primada de las Españas, fue siempre baluarte de la fe cristiana. El hogar de Mariana, jirón de Toledo en las Indias, es paladión de la cristiandad. Se reza en él a todas horas como en un monasterio. Los vecinos apodan a ese hogar la Casa de la Oración. Augusto Arias pinta, con una minuciosidad enamorada, a la infante escogida por el Paracletó. Como quien narra un cuento pueril, relata luego los juegos taumatúrgicos de esa niña tocada de la gracia, sobre cuya cabecita iba un halo resplandeciente. Describe luego su juventud tróncada. Habla de sus muestras de poder maravilloso. Trata de sus obras de fundadora. Porque, como la doctora avilesa, Mariana es, antes que santa de celda clausurada, mujer de acción. Finalmente, refiere su muerte ejemplar, ilumi-

nada por un claror de gloria . . . De tal suerte evoca Arias la frágil silueta de la virgen quiteña que parece como si ésta recobrara vida terrenal y pasara ante los ojos pasmados, envuelta en una nubada de plata. Momentos hay en que recuerda uno, leyendo los capítulos del libro de Arias sobre la azucena de Quito, los párrafos macizos de J. E. Huysmans acerca de la torturada existencia de Santa Liduvina de Scheidam. Pero, no es únicamente la evocación de la doncella noble. Viniendo de encontrarla, Augusto Arias tropieza, al doblar una esquina de ese mismo Quito antañón, con un embozado que se enreda en las sombras de la noche, sin ser visto. Sale ese hombre de una junta de conjurados peligrosos. La conjura reside no más en reunirse para leer cierto libro impreso en Flandes, que ha llegado en naves pi-

ráticas de la Europa lejana. Pero, en los turbios tiempos coloniales, leer ese libro es un crimen de lesa patria condigno de sanciones espantables. Por eso el hombre se oculta. Augusto Arias lo ha reconocido. Es el criollo Espejo. Arias va con él. ¿Continuará Augusto Arias recorriendo las sórdidas rúas coloniales? ¿Encontrará a Miguel de Santiago? ¿A Mejía Lequerica tal vez?

—Por lo pronto—me dice—, habré de contentarme con la evocación preciosista de Mariana en retablo angélico del siglo XVII y con la de Espejo en el campo bravo de la revolución y la enciclopedia. Pero, no se detiene.

—Después quisiera penetrar—agrega—en la existencia de un ecuatoriano del siglo XIX y de otro del siglo XX.... ¿Llegaré a completar una galería de vidas ecuatorianas?

Es de suponer que sí Arias es laborioso e incansable. Más, lo que puede suceder es que no abandone tan pronto la Colonia. A lo mejor da por ahí con alguna de esas encantadoras mujeres que afamaron a Quito desde otrora, y el poeta se torna novelista, engranando en las escenas de una novela proyectada en el pasado, ya no la evocación de un personaje, sino la de toda una época cuyo poético atractivo acaso no resida solamente en que está remota y en que es poco conocida....

José de la Cuadra

PERFIL DE QUITO

ES cierto que alguna vez los evocadores hicieron profesión y que, como coleccionistas de antiguallas, dieron al fin en el museo o en el cronicado vitalicio. Pero también es la verdad que seguirán gustando los paseos retrospectivos y que se ha de buscar en el alma del pasado, algo de lo que subsiste o se transforma en el presente. Claro que una obstinada vista hacia la tarde distante puede ser como el tema de una evasiva, pero ha de darse el concierto de una afeción por las cosas viejas, con el interés que despierten las que se pertenecen a la forma y al color de los días en los cuales vivimos.

Y Quito es el valle quebradizo de la evocación, clima de recuerdo, en-

crucijada colonial en donde la leyenda suele levantar su escorzo incansable, allí donde las piedras de ayer, con inscripción o sin ella, remueven una hora del pasado. Y es que lo característico de este San Francisco está, justamente, en sus reductos de Colonia. Ellos guardan, casi sin excepción, siquiera un alusivo instante místico, cuando no retienen, por lo general, un motivo religioso, pero no son los rezadores empedernidos ni los que tienden solo su vuelo anheloso hacia los santuarios, los que quieren detenerse para mirar el Quito de los templos y de los conventos. Son los que buscan el perfil de originalidades y el arte lento que por entonces se pulía casi al compás de la plegaria. Por eso estarán los viajeros ante los paredones de adobe de las mansiones añejas o ante los pilares de piedra que se levantan en

los grandes patios para sostener los corredores o las azoteas. Por eso recorrerán el convento franciscano en cuyo estilo dórico puso algunas notas originales el indio Rodríguez o decurrirán por el pretil de mosaico irregular o han de pasarse algunos minutos frente a la fachada de las torrecillas de la leyenda cantufiesca. Por eso irán hacia la Compañía, primorosa labradura de piedra de Tolóntag, encaje plateresco que dice del triunfo de la filigrana, decoraciones nuevas para las columnas, nichos convexos para los santos de piedra. Y así llegarán al arco de Santo Domingo, acústico y monumental, o habrán de buscar el recuerdo que demora, justamente para serlo, en tanto rincón que reclama el óleo que lo reproduzca; en la calleja escondida y penumbrosa o en el ventanil que tiene recursos para el atis-

bo y casi prestigios de un ojo discreto de esas casas de tres patios, ellas también de quiebra y encrucijada, que se van, campo adentro, hasta la huerta de cebollas o que se resbalan, al fin, para abriéndose, a la calle de otro horizonte. Y no que la belleza arquitectural contemporánea deba ser desdeñada. Es para la hora. Breve y escueta, convocadora de la luz, dándose al espacio que permite la urbanización incansable. Pero esa ha de ser vista en todas partes. Por lo cual hay una tendencia casi armonizadora de los nuevos recursos con los estilos de la Colonia. Y un propósito, además, que adquiere arraigo en estos días, de mantener, no frente a los aires novedosos, sino alimentándose de ellos, el estilo que distinguió a la ciudad de Quito.

Ciudad vieja que fuga, dijo alguno, dejándose vencer por las evocaciones

que parecían no encontrar un material asidero, sino en dispersa o escasa medida. Y pensando, especialmente, en la desaparición de las figuras de otra edad que se han transformado a impulsos del tiempo que quita las vestiduras y las maneras, y que sabe borrar la costumbre. Un andariego de regreso, suspiraba, por ejemplo, por la huída de la chulla en el cuadro de los días. Esa picotera de la maña sutil tendida sin embargo en los mejores ingenuismos. Acaso última cifra de un romanticismo que se había refugiado en estas breñas y que podía prestar a la literatura un personaje que no se pareciese en nada al que, en otros climas, apareció con un corazón de iguales desintereses y con una alegría constante, pronta a volverse tristeza cuando su deseo de una dicha casi humilde se rompía contra el filo de la realidad.

Nuevo aprecio de la vida amanece en Quito, nutrido un poco de las corrientes de afuera y con el empeño de ponerse a tono con el ritmo de agitación decuplicada que hoy preside en las marchas de la existencia. La manta de la chulla es sólo un leve trapo de ayer y se dice que se ha comenzado a borrar las fronteras del prejuicio. Rumbismo y tanguismo aportan los radios de marcas recientes. Ha muerto la serenata y el piano está en agonía. Parece anacrónico ya el salón rectangular de cuyo cielo raso penden las arañas prismáticas y en cuyas anchas esquinas se levantan las consolas y de cuyas paredes cuelgan los espejos de metros, esos en los cuales se reflejaron los cuerpos enteros de los próceres. Que ya no los hay, dice el evocador, ese que en fuerza de andarle buscando el alma al pasado, se halla

en peligro de convertirse también en en una evocación.

Pero ya se puebla la colina y se ha vencido la quiebra múltiple que en antes cruzara la ciudad, reclamando a cada instante el paso del puente. Un viento nuevo airea el Quito dieciochesco o el que conociera Caldas, alarmándose del ardor de su fandango.

MUJERES DE QUITO

Llira, La Princesa Paccha, Mariana de Jesús, Manuela de Santa Cruz y Espejo, Juana y Sebastiana de Caso, Catalina Guerrero, Juana de Jesús, Gertrudis Avalos, Jerónima de Velasco, Isabel de Santiago, Manuela Cañizares, María Ontaneda y Larrain, Antonia Salinas, Rosa Zárate de Peña, Mariana Mathen, Manuela Sáenz, La Marquesa de Solanda, Carmen Aguilar, Dolores Veintimilla de Galindo, Marieta de Veintimilla.

LA mañana dorada de las fiestas bñase ya de pintoresco ingenio y de tensa elegía. Un misterioso símbolo alcanza a rozar la frente en donde adivina el rebrillo bronceado —casi forma externa del pensamiento— la paternidad del sol. Su entrañable actitud adorativa alcanza esos viajes de penetraciones antiguas en los cuales se presiente un origen de remotos destinos y la mitología, aun cuando no esté clásicamente figura-

da, suele aletear en el presagio de la virgen del sol, princesa de abolengo. No sabe, con certeza, de cual linaje antiguo se trae su hermetismo raramente sonreído y su pasividad que se defiende de los temblores de la fiesta. Mas, en el ojo de voluntad zahorí, espejea el diamante del Shyri. La carne apretada quiere ignorar también la parábola inicial del terrigenismo, pero cuando en ella cuece el sol divino sus amapolas radiantes, no le es menos apetecida la gloria ajena, más distante por desconocida, que la posesión de la tierra virgen, recinto de los templos antiguos, empinados en las colinas y, acaso, veta de esmeraldas para el simbólico lenguaje de los colores y el eslabón de la gargantilla. Y desde entonces, la quiteña indígena sabe llevar hacia el altar de piedra su misticismo asiduo y es posible que gustase de pulir el

venablo —entonces, más de silencio que de palabra evasiva y satisfecho de rechazar sin herir— para guardarse en su espera de timideces o descontentos o para dar en la varonil tardanza con provocativa, con certera gracia. Desafortunadamente, en la fuga de la civilización quechua, lamentaremos también la pérdida del acento de los aravicos. De haberse colectado esas rapsodias indias, daríamos con el metro nemoroso en el cual se musicaron así la queja por las vírgenes huyentes, como el madrigal dicho en el arribo de la conquista o talvez la breve cadencia de un dístico que supiese evaporar, como en la jornada poética de todos los tiempos, el vano afán de buscarlas sin encuentro.

Inexistente la certeza documental, habremos de perseguirla en el escorzo de la leyenda o de captar su figura,

esquiva y morena, a través de páginas de las que no podremos separar la letra de las afirmaciones del aceite acrecido de la conseja. Y mejor que no lo intentemos, pues que si tal lo descásemos, nuestro gusto prehistórico, amortiguado de sequedad, daría más bien con la piedra miliaria que con la india de rigideces escultóricas y si intentásemos penetrar a la tola con la mensura de los etnógrafos, podríamos olvidar o desdeñar el temblor vivo de la garganta, por la comprobación —ejemplo pueril— del ajuste del abalorio.

Vestales o esposas, bañadas de no se qué misterio egipciaco, vendríales de raza la terca fidelidad y el recato. Linfa de sangre sin mixtificaciones para su latir isócrono, como se pretendiera en una física pura para la ley del ritmo. La absorbente paganía de los ritos o el amor que se tra-

duce en el llamear hogareño. Y la preferencia por la minucia, indigenismo oriental, tema pulido, paciencia enredadora de filigrana. Encaje que dice de silencios prolongados y de días cuya mejor cualidad es la del reposo. Colorismo buscado, superpuesto, matizado con morosidad. Jeroglífico bordado con el juego de las agujetas o tatuado en el primor de la alfarería.

Como estas mujeres indígenas sería Llira, la esposa de Quitumbe o la Princesa Paccha, madre de Atahualpa.

Para la etapa fundadora, la mujer de Quitumbe llevaría su poderío atrayente y los quitus desfilarían ante la ensoñadora litera, dichosos de saberse regidos por la mujer quitu, en cuyo continente esplendería la forma y el aliento de las princesas nativas, romeriantes del Yavirac en

la cual se inclinaban los hijos del Sol para la ceremonia del solsticio o conductores de flores nuevas para el limpio altar de la luna, adoselado con piedras iucásicas en la colina de San Juan.

La siembra castellana, haciéndolas mejores, no destruyó sin embargo de su dominio ancestral esa gloria de música y de espera y soplando nuevo milagro en la superstición antigua — poesía de lo que no se sabe y tiene, por lo mismo, advertencias mayores para la sugestión y acicates para la esperanza — creó en ellas el espíritu místico que es el alma de la Colonia y la resistencia de heroísmo que levantaría en las mujeres de la Independencia el ímpetu de las defensoras y la resolución de las impulsadoras; y así como despertó en el pósito indígena el ambiente gótico, trajo también para ellas algo del suave

lirismo de los árabes y al aclimatar en nuestro original recinto de mirador andino el revuelo andaluz de la frase que surge, contradictoria y punzante, grave y acerada en veces o ligera para vencer las desazones más profundas, diólas también el animo de comprender y perdonar.

* * *

... Mariana de Jesús, inigualada, cuenta ya con la viva evocación de sus pasos y su huella ejemplar hubiera durado, aún sin el texto minucioso, de regresos y de reticencias del Padre Morán de Butron y sin la letra blanca y fatigosa del poeta quiteño Murillo. En el siglo que se marca con la copiosa erudición eclesiástica de Villaroel, Mariana de Paredes y Flores, por auténtica sobra de esquividad se atrae todas las

miradas y el pararrayo de su virtud, como en compensación para la demora explicable de los recursos físicos, detiene el rayo de la tormenta. Hemos tratado en antes, en libro afortunado, de sus paseos en promesa de cumplir, en doble propósito de misionera y ermitaña. Al fin no se da ni a la labor catequística ni al silencio claustral. Aprende a morir, pero los ramos de la existencia, sin doblarse ni mutilarse, quisieran extenderse para los demás, no en el amor de sí que hace una entrega para las devoluciones, sino en una suerte de retoño para el alivio o la esperanza de los otros. Mariana, vedada del concierto por instinto superior que se nos aparece natural y puro, desearía para la perfección de aquel los mejores sonos. No le gustará el banquete, pero en cuanto sea reclamada ha de acercarse con un en-

cantador continente de servicio, como si su abstinencia, exenta del desagrado de no reconocerla en todos, la diera un singular gusto para presentar las viandas. Ella es la que sirve en la mesa de su casa y en horas de reposo sus manos inmaculas dan forma al "pan de los pobres" que distribuirá sin ostenta, satisfecha tan sólo del "placer de servir" que ha descrito Gabriela en uno de sus más espontáneos poemas. No que va ceñida con el hábito de estilo, sino que lo tiene de veras, sin la figuración del sayal y sí más bien con la faz del alma recogida y orante. No se la filtra el ascetismo como en la jornada de la contención o el sacrificio, en jugos amargos para el sabor de la renuncia que debe gustar a sangre propia o a ceniza de los deseos quemados. Sonriente y comunicativa imprime en su ruego tal eficacia de

fe como para volverlo milagroso. No se recuerda de otro sendero como si estuviese decorado de nardos, semejante a aquel por el que fue Mariana, con su palabra quieta y su ademán sin fatiga. Quiteña como la que más, con sólo la calmada actitud de su ofertorio, será inseparable de la ciudad a la que amó profundamente. La criatura mística quiere defender a Quito de las amenazas del terremoto y cuando ha brindado su existencia a cambio de la estabilidad de la ciudad que florece sobre la quiebra difícil y se extiende sobre la zanja tortuosa, los quiteños han de afirmarse en la creencia de que su recinto de originales trazos y de belleza modelada en la estética de la piedra, será ya incommovible. Ataviada de serena humildad no se le alcanza que su virtud ha de levantarse en el lirio de la hagiografía. Acaso

no ha leído ni el romance que le dedicara el lego Hernando de la Cruz, después de incinerar sus rimas profanas. No sabe que su paso ingrávigo, casi inmaterial, haráse perdurable en la nave de la Compañía y que siempre la encontraremos en el tranquilo patio carmelitano. No se supo, después de ella, de otra azucena trifolia que floreciera de la sangre de la penitencia, soterrada para no decir de su voluntad crudelísima. . . .

* * *

Tal como en el florecer literario, en la época de la Colonia márcase en el alma de las mujeres el delicado sentido místico. Alguna vez hemos dicho que las letras de los Siglos XVII y XVIII parecen estallar en el período largo y cerrado de la oratoria sagrada. La extensión del ser-

monario, el intento de la homilía, el apunte catequístico o el entusiasmo del panegírico. Y sólo por incidencia, pero sin abandonar el ambiente de la Teología, aparece el cantor humano. Evia, en el siglo de Mariana de Jesús, es un poeta cristiano y en el XVIII el Padre Aguirre canta enredadamente en el comienzo de un poema ignaciano y el mismo doctor Espejo diluye abundante erudición teológica y escribe algunos de los mejores sermones, como el de Santa Rosa. Sus diálogos desenvuelven, justamente, la crítica de la que llamaríamos literatura eclesiástica y en los personajes de sus conversadores apenas hay sujeto que no lleve hábito talar o que no venga, siquiera, de una breve estadía de seminario. Y aquello era propio. La educación de Colonia, privada por el doctorado múltiple, establece como atributo de

superioridad el triple título de jurisprudencia, medicina y cánones. No hay especialización certera pero sí absorción total de conocimientos y los sacramentos, de la sal aleccionadora del bautismo al óleo de las postrimerías, están destinados a sellar el proceso de toda la existencia, como en recurso de medicación. Se penetra a la vida por la pila del bautisterio y se le sale de ella al compás lúgubre del Requiés. Uno de los últimos hombres de la Colonia, cuya obra de la palabra fácil y persuasiva se traza a comienzos del siglo XIX, pero que se pertenece, por formación intelectual al ciclo del autor de "La Ciencia Blancardina", el doctor José Mejía, sabe conservar el rezago del saber teológico. El orador doceañista transita ya por el Quito que conocieron Humboldt, Bompland y Caldas, pero es docto en latinidades y

si persevera en los estudios botánicos y le gusta la paciencia del herbolario, no ha de flaquear por ignorancia de los pergaminos religiosos. Más tarde llevará adelante las doctrinas de su cuñado, el indio de la luz despedadora, pero también ha de pertenecerse a la familia Santa Cruz, así llamada por su tradicional devoción calvarista y ha de recorrer con su esposa doña Manuela de Santa Cruz y Espejo—otra mujer de Quito que acicateó en el joven tributo la modulación del amor a la tierra de sus orígenes—los escritos de Francisco Javier Eugenio y ha de conservar, en cuaderno anotado de su puño y letra, los sermones que en su vasta penetración de los asuntos de la época, desarrollara el Precursor.

El recogido destino de las mujeres, carente de las escapadas modernas, se traza en los siglos antiguos sólo

en los dos senderos, fijos y calmos, que pudieron supervivir hasta el meridiano de ayer, como rutas estables y propicias: el callejón de cardos y de lirios que solía llevar hacia el retiro claustral y el camino que, tras la primavera del noviazgo, conducía a la noche del casorio y al estío largo, largo, esperanzado o sin esperanzas, de llevarlo por la irrompible bendición nupcial, rodeadas primero de los hijos y después de los netezuelos, en la generación sacra que no se desbanda ni se desierta...

Por la primera de esas rutas se orientan las sobrinas de Mariana de Jesús Paredes y Flores, doña Juana y doña Sebastiana de Caso y doña Catalina Guerrero, fundadora del Carmen de Cuenca. Mariana había señalado el camino de las vírgenes que la acompañaron muchas veces cuando en la procesión infantil que-

ría depositar en sus exiguos hombros las andas de las estatuillas de la Virgen del Loreto y del Niño Jesús. Descubrió en sus ojos de limpio color y en sus frentes de aura tranquila, la visión espiritualizada y el pensamiento orante. Y las supuso exentas y las quiso, como en la tradición del lirio de la casa, complemento vivo para la piedad del retablo.

Como ellas Juana de Jesús (1662-1703), aún sin el cumplimiento de la profesión, entrégase a la silente austeridad de la clausura y decurre por los patios del Convento de Santa Clara, dando al encaje los golpes repetidos del bolillo, disecando pétalos en el libro amarillado a fuerza de repasos, empeñándose en el desgarnar de las cuentas del rosario y mirando como el solo visitante de la existencia que se prolonga en rectángulo de tapiales, es el sol que puede,

sin embargo, volverse un emigrado en la libertad de su marcha occidua. ¿Pudieron estas mujeres de Quito, místicas y rezadoras, ejercer alguna influencia, siquiera distante, en el camino de los hombres? No habría, con certeza, una respuesta perfecta para tal interrogante insólito. Pero es posible que en la alta noche, el rezo monjil haya detenido en el aire el fulgor de las espadas toledanas y acaso el alma en potencia de extravío, volviase por la bendición del canto de las novicias. Tonificante la rama de yerbabuena que ellas cuidaban y regaban y antídoto para la inquietud, la hoja de toronjil, lustrósa y áspera. Clarisas o carmelitas, en trabajo de placideces, formaban para los adornos de la novia los ramos de azahares en florecillas de cera embutidas de algodón y si caía tal o cual lágrima indiscreta en

la corona nevada, alzaban en cambio, como una defensa, la palma del domingo de ramos, en variedad maravillosa de tejidos, desde el juego de cañastillas hasta el incensario catedralicio y las rosas y las mil figuras....

También profesa en Santa Clara, antes de los veinte años la quiteña Gertrudis Avalos. Su nombre ha recogido la historia literaria del Siglo XVII con el elogio de alguna tímida reserva. Escribió unas hojas líricas que pudieran llevar, por acercarse a los títulos del pergamino de otrora, algo así como el nombre de la *Guía de la vocación contrariada*. No la formación teresiana, ni en otro aspecto de iguales arribos a la celda de meditar, la tristeza profunda de Francisco de Borja, la de haber visto el espectro, la osamenta de la mujer ayer no más preciosa y amada. Gertrudis Avalos imprime en las líneas

de sus versos la emoción vacilante. ¿Le gustan la tierra libre, los regalos del mundo, o al contrario, su ánimo ha de buscar el silencio y el retiro? Cree, una vez, en la tangible llegada de la tentación y entabla, a su modo, lucha con el demonio que quiso acechar a los místicos de todos los tiempos, que proyectó su sombra erizada pero ya vencida en la morada de cristal de la doctora de Avila y que fue en otro día para el sabio y sonriente alquimista de la historia fáustica, el procurador amable, el correveidile del gozo. Gertrudis Avila quiere probar su resistencia y sale del convento. La tibieza del sol quiteño se tiende en las rías entonces despobladas de los campos de Santa Clara, confinantes de las quiebras de Jerusalén y el aura de agosto, como en reposo vacacional, le besa en la frente, ya desasida de la prisión

de la toca. Gertrudis Avalos explora y se incauta del paisaje por ella casi no conocido. Mas en breve regresa. Niña es pero la fruta de la vida ya le sabe a tardía dulcamara. De tal conflicto anímico quedará una rápida auto descripción en la memoria de su poesía. Y aliviada de confesarse, se libertará de aquel combate arcangélico, pues a la capciosa lengua de fuego habrá de oponer el ceñido cordel de la cintura....

Coro tembloroso de las novicias en el día de la Candelaria. 2 de febrero de 1678. Gertrudis Avalos se dispone para los votos. Se ha tendido ya, entre los cuatro cirios altos, parpadeantes, y sabe cerrar los ojos plácidamente y aminorar el aliento. La monja priora avanza con las tijeras de la regla y entre golpes acerados corta la cabellera de la nueva clarisa. Otro cantar se marca con el monorit-

mo de los cerrojos que se cierran para siempre. Gertrudis Avalos ha perdido su patronímico. La monja Gertrudis de San Ildefonso verá algún día, desde la ventanilla de reja, como crece la ciudad adelantándose al nuevo siglo. Y abandonará su celda a la edad de cincuenta y siete años, sólo como si se hubiera dado al sueño de ya no querer, como en el antiguo día de la Candelaria.

Desde la misma vera, casi penumbrosa y al parecer olvidada del San Francisco de Quito de entonces, llega un nombre de mujer, en eco simpático, a la vida mental de la Península, el de doña Gerónima Velasco, citada por Lope de Vega en El Laurel de Apolo. Nada se sabe del rumbo de la poesía de esta dama, considerada por el poeta español como nativa de Quito. ¿Fugarían sus papeles o habránse condenado a la

muerte del fuego, al cabo de algún escrutinio severo? Pero queda para su nombre el lauro de aquel nuevo viajante al Parnaso y en el misterio que la envuelve, siquiera un tema de romance no escrito.

* * *

Y si entre las mujeres quiteñas se cultiva el poema y el rezo, no faltan las que ofrezcan su destreza de pulir al embutido del bargueño o las que sepan de la combinación de las pinceladas para el colorido del cuadro. Cuantas de ellas serían colaboradoras inteligentes en el laboratorio del pintor que formaba, casi sin saberlo ni pretenderlo, la escuela quiteña y cuantas precioso modelo para el imaginero que tallaba en la madera de olor el rostro pulido de la virgen o de la santa.

Dofia Isabel de Santiago, hija de Miguel de Santiago, es quiteña y por el temperamento y la formación, busca las perspectivas, contornea las figuras y anima los lienzos. Contrae matrimonio con Goríbar y el ambiente en el cual se desarrolla, ofrécele por todas partes la huella del ingenio pictórico tan propio del Quito del XVII.

Puede que sus rostros quedasen en los altares, copiados por los escultores quiteños y que algunas de sus joyas se extendiesen, como en ofertorio, como en ex-voto, en el pandorado de los retablos.

No dejaron así que se perdiera la sentencia latina que pidió para la vida breve el arte largo.

* * *

Ramo de heroísmo el de las mujeres de la Independencia. En trance

de lauro. A veces fecundado con la sangre del martirio y en casi todas elevado con el animoso designio de ayudar y estimular. Tal ha sido, en todos los tiempos, la posición de la mujer fuerte. El acicate de su palabra llevó al hombre al sitio de vencer o de morir. Y su corazón estuvo, también, alentado por la inquietud de los valerosos. Supo amar la cautiva gloria del arte, pero le fue de más precisa llamada el talante en el cual descubrió el gesto del denuedo y el calor de la hombría

Ha referido la historia cómo las mujeres de Quito presenciaron la jornada del 24 de mayo de 1822 desde las azoteas de sus casas y la leyenda sabe, alimentada de tradiciones próximas o lejanas, cómo las esposas o las madres, formaron en ocasiones filas de retaguardia vibrante para precaver o auimar en varias

de las campañas por la libertad o como se convirtieron en proveedoras de municiones y entusiasmo. Es de creerse que sin ellas no hubiera surtido con tan viril impulso el himno quitense.

Animosa Manuela Cañizares, —fino perfil que se alumbra con sus ojos altivos y quietos, y acusado en el ángulo de la nariz aguileña— no ha de poder separarse de la ralampageante hazaña del diez de agosto de mil ochocientos nueve. Ramos de osadía los suyos. Pulso de amazona y pueblo diamantino. Para su retrato habría de pedirse la tela alargada y los brochazos enérgicos.

Alentaría con sus previsiones y sus augurios la tertulia de los conjurados que se venían desde las conversaciones antecedentes de Espejo y habían aprendido a fijar mejor los ojos avizores en el texto vedado.

Ingenio de esta ciudad, hecho ya de criolla altanería, gustoso de trepar por el escalofrío del peligro, pleno de la dicha de avanzar, de hacer, revolotearía prendido de su acento, escapándose de sus frases, cautivando.

Tan conocido es el episodio, que con su repetición se deslustrara el brillar de esa página escrita ya por hábiles plumas.

El saloncillo de Manuela Cañizares, en antes propicio para el volador sentido de la anécdota; raro para el tiempo, por su espacio para la inteligencia en decurso de liberaciones; acogedor de la chapetonía que preparaba el mañana, debió sentir entonces la más viva de sus inquietudes. No escuchaba solamente la paradoja brava, elaborada como de costumbre por uno de los contertulios, mientras se mojaba el bizcocho en el chocolate de la cena, ni el res-

tallido, como de breve guijarro en cristal de resistencia, del golpe de las alusiones. No tampoco la galantería, devuelta en ingeniosa aceptación o en rechazo delicado, siempre de aguardar, con la cual se festejaba, a trechos, a la dueña de casa. Los conjurados querían salir, gritar, decir al Presidente de la Audiencia que su poder había cesado, que Quito era libre desde aquel día. ¿Para qué evocar la figura de Ruiz de Castilla y la del nervioso revolucionario doctor Ante? Nada importaba ya que la premura audaz se humedeciera en la sangre del próximo agosto, pues que la tizona de la fe, eléctrica por adivinaciones, haríase más tarde, por clara metonimia, luminar de América. Manuela Cañizares había impulsado el avance y desde entonces se pertenece a las telas de la galería heroica el fulgor de su rostro magro.

Labrábanse, para esa época, símbolos nuevos en las piedras graves, sacrificadoras y sacrificadas, de los altares de la Inquisición y no buscaba la guillotina, como en los tiempos de la Francia sentimental y épica, los cuellos matroniles, pero doña Manuela Cañizares estuvo condenada a muerte como otras mujeres de Quito que se pertenecieron al tiempo heroico y que agitaron, como ella, un deseo ya no contenido ni agotado en la entraña del desnudo: doña María Ontaneda y Larraín, la guardiana de don Carlos Montúfar, gracia morena del valle de Quito, espigada y esbelta, en cuyo corazón de realistas afirmaciones se alborotó en un día la promesa de la independencia; doña Antonia Salinas; doña Rosa Zárate de Peña, fulminada en Tumaco, en compañía de su esposo, por el plomo de los soldados españoles.

Dama ilustre, la esposa del prócer don José Javier Ascázubi, doña Mariana Matheu, afamada por su inteligencia y por su penetración segura y vasta en los dominios del conocimiento.

* * *

Y por la misma galería que aclaran óleos nuevos como para sensibilizar las figuras, es de vibrante gracia la de Manuela Sáenz. Vive hasta 1860, casi hasta la calma septuagenaria, para ella no calmosa ni meditativa y sí más bien entristecida por los recuerdos y asesorada por la nostalgia. Para su perfil perenne tendría solamente con su apostura libertadora y en la biografía de Bolívar, el ademán de su desafiante defensa en la noche bogotana de setiembre, daría para la página más nerviosa y

patética. Alta, casi pomposa, morena, de un moreno dorado, como el del trigo en levadura de sabor, con luz que quema sin quemar en los ojos de tono oscuro, casi enlucrado, iris de luz expresiva, mirada dulce y franca, imán....

No en vano supieron atraer esos ojos, ya para siempre, al héroe del epitalamio frustrado, de la boda adolescente, del beso fugitivo de Teresa, de la fugaz luna y el azahar helado, del canto nupcial interrumpido por la nota elegíaca y el insistente redoble de la diana.... No hablemos de la frialdad de Manuela para con su médico británico y si el nombre del señor de Thormes pasa por esta página como en la marcha de un meteoro, tampoco diremos nada de la suerte que para los poetas quiteños, caso de haber existido en ellos la redonda alegría de los griegos, ha-

bría desarrollado la mujer huyente, ayer prometedora de felicidades y luego afinada en el desdén, armada de sonrisas y de áspides, como si jugase a que no se la pudiera alcanzar. . . . Suerte de Arquílocos, de Semónides o de Teognis, buscándose la válvula para la descarga de su resentimiento, volcando en el ánfora de la elegía el licor epigramático. . . .

Pero lo que se sabe de Manuela es del amor profundo para el caraqueño, amor que se cuidó de acendrar y florecer y aun cuando no se hubiera cuidado, estaba ya de súbito prendido e indesprendible, cuando en la fronda de su sensibilidad ardorosa hicieron el milagro de la llama los ojos penetrativos, chispeantes, hondos, metálicos, del Libertador. Cuando Manuela lo vió pasar, caballero en un biznieto de los corceles españoles que en la tarde de la Conquista

sembraron el pánico del Centauro, vaciló su mirada, temblaron sus labios, ensanchósele el pecho en la prisión sedefia del corpiño y ya no supo, después de la lluvia de flores, sino de la misión de poder amar al que venía, jinete flaco y múnino, pero de fortaleza de acero y engrandecido por la hazaña, en el paseo de los Andes.

Y ella le sigue y él la busca. No es esa la fiebre amortecida de Casacoima, sino romance viril en son de tregua para tal carrera inapaciguada. Manuela Sáenz sobrevive treinta años a su Bolívar. La quieta playa paiteña brinda descanso a su extrañamiento y pausa a la recordación de su época de oro. Desde allí—pequeños cuidados de sus escasos bienes, ingenio nativo, ligerós reproches y esperanzas retoñadas—desgrana, lentamente, las palabras de su epistolario. Ya no es la carta de saeta que supiera festear

algunas de las horas de Bolívar.... Su letra se ha ensanchado y en la memoria vespertina se debilita la precisión ortográfica. Ella sabe, como en la tradición hogareña de las quiteñas, fabricar dulces y galletas. Y a tal faena se dará en Paita, mientras el avance del mar, pacificado allí como en ningún otro sitio de la Costa, llégase hacia su silencio con tenuidades de caracol que tuviera una más profunda sordina. No es quizá la tristeza sin límite de Santa Marta. Pero Manuela Sáenz piensa en su Quito quebradizo y acogedor. Está reumática y en la estela distante del océano, como en la cantinela de Lope, flota una vela desvelada. Ya no podrá volver. Bajo esa arena de sal han de pudrirse los ojos inmantados de la quiteña....

* * *

El Mariscal humilde encuentra en Quito calor de hogar. No han logrado atraerle las caraqueñas de dulzura grácil, ni la colombiana de insinuación amorosa y sólo en el litoral ecuatoriano, el "filósofo armado" ensayará un esguince pronto, cuando casi le aprisionen los ojos de luz franca de Pepita, la elegante pareja de la contradanza. De certero modo el avance de la Marquesa llégase hacia el corazón del héroe cenceño y menudo, retostado por los soles de su decena de campañas. Doña Mariana Carcelén y Larrea es el invitatorio tranquilo, pues que no sólo él la elige y la merecè, sino que como en el anticipo de un destino, el Marqués de Solanda se la concede con reclamos amables, hasta entregarla frente al altar, con la predilec-

ción de un mayorazgo. La Marquesa de Solanda entraña la belleza de las mujeres de Quito. Tiene los ojos negros y el pelo ondulante y oscuro que le cae por sobre los hombros, contrasta bien con el color blanco, perlado por el oriente de un brillar tenuísimo en las mejillas, del óvalo del rostro. Breve desposorio el del Mariscal de Ayacucho, cuyas cenizas estaban destinadas, empero, para el cofre pulido que nuevos artífices de la piedra bordaran con el cincel renacido para que su dueño soñara, que se nos antoja sin ocaso, hiciérase de nuevo tranquilo y perdurable, como fue su esperanza y su ánimo, al abrigo de la estancia que ofreciéndosele tan colmada de dicha, no le dejó en cambio, por los azares de otra ruta escabrosa si bien extraña, que gozara de la casa elegida y otorgada. Con silbido ofidiano lléganle las balas de

Berruecos para romperse en su pecho, paradigma de las lealtades. No se habría podido torcer el curso de su rectilínea voluntad y el ambicionado sin ambiciones hubo de reclinarse, vencido, en el cabezal umbroso de la selva. Sobre el pronto eclipse físico del Mariscal immaculado, cae el llanto de la viuda joven y asciende después, en el apóstrofe de una carta, para evaporarse al cabo, sin olvido tampoco, pero con la fácil piedad de la existencia, en la tarde de su nuevo matrimonio. Cuando los restos del Mariscal, descubiertos, despertaron el homenaje de la ciudad a la cual siempre consagró como preferida, súpose del culto de recuerdo de la Marquesa de Solanda, de la custodia de los restos mortales del que vino para detenerse frente a la que reinaba en la casa azuleada y era dueña de los miniado pergaminos. ..

* * *

Un fulgor de leyenda perfila la figura de Carmen Aguilar, quiteña de los días iniciales de la República, picada de curiosidad aventura, pero de continente sin quebranto. Carmen Aguilar se alista entre los viajeros del Telica, el primer barco construído en el Astillero de Guayaquil, para ensayar una ruta por la costa del Pacífico. Despléganse las velas y la nave resbala. En poco tiempo ha ganado el golfo y en la ola de Puná, no bien diferenciada todavía del alga dulce del Guayas, ya se alcanza la vastedad marina. Metrovich, el Capitán del barco ha pasado de la insistencia de la mirada a la seduciente palabra. Por Carmen Aguilar se le ha despertado un amor naviero que se rompe como el alción y desorienta la brújula. Carmen Aguilar sonrío

desdeñosamente. Metrovich enséñale la tierra distante, sólo una franja gris y en el cascarón del barquichuelo, le muestra el poder de su timón sólo suyo . . . Carmen Aguilar le da en la risa de lobo con su ala de gaviota. El Capitán naviero conversa con la inmensidad, impotente de llevarse en el lecho del barco, a esa flor altiva de la serranía. Metrovich sobrenada, casi desafiante, como en el avance de los tiburones. Carmen Aguilar le llega con el harpón de su indiferencia. El naviero desciende, como los buzos, hacia la floresta suplicante de los corales. La quiteña se perfecciona en su actitud de silencio y evasiva.

Y al fin, en un amanecer de peces voladores y de velas distendidas, Metrovich, desesperado, prende fuego a su Telica con un reguero de pólvora, para ya no saber pedir. Es

en la costa del Perú, en Huarney, y hácese entonces, en epicismo romántico, esa terca fundición de la cual han de sonreír los años contemporáneos, pero que sería aprovechada por Blomberg, el cantor de las viajeras sin viaje y de los navieros sumergidos....

* * *

Un año antes del establecimiento de la República, nace en Quito Dolores Veintimilla de Galindo. Trae la vocación del canto y con ella el secreto de la inconformidad. Crece, además, en el ambiente propio del romanticismo y es, por la cronología y por la que diríamos, en paradoja comprobable, débil seguridad de su acento poético, la primera romántica en el tiempo. Se pertenece a una

sociedad pulida y delicada en la cual valen tanto las galas del sentimiento, que no será de mal gusto la exacerbación que da en la queja. Dolores está predestinada para justificar su nombre y cuando su espera cristalina se crea en peligro de trizarse, ha de decir a los hombres su canto desnudo, de desesperación y de reproche. De viña suele abandonar sus confidencias a páginas leves de prosa poética que se parecen a las de un diario íntimo. No ha seguido el uniforme correr de los días y no hay, por eso, enlace temporal o coherencia de calendario en sus anotaciones. Pocas han quedado de ellas, salvándose en el folleto editado en 1908 por Celiano Monge. Elévase de la prosa simple la esbeltez de un recuerdo y la historia de una confianza amorosa que originó, sin acaso, su desencanto y su deseo sin regreso.

Dolores Veintimilla no quiso, para entonces, pulir la estrofa, ni dar al alabastro de sus figuraciones los matices del arte. Escribía envíos ocasionales y cuando entregaba a su cuaderno la impresión que la tenía dominada, hacía lo más bien con el intento de conversar al amigo sin nombre y sin contornos, algo de su angustia que no quería desvanecerse en el análisis. Por eso la reclamaron las antologías. Por su grito verdaderamente lírico, historia de sí propia, por su confianza angustiosa, ni hecha siquiera, por sobriedad de casta, para doler a los otros.

Dolores Veintimilla de Galindo, víctima de la calumnia, ya no pudo más con su entraña sensibilísima, prevenida si se quiere, y después del desahogo de unas estrofas nerviosas y melódicas y una carta de despedida a su madre, bebió del vaso de cianu-

ro, con la ceguera de quien se supo para siempre mancillada y para nunca comprendida. Hay que leer, en el folleto al cual hemos aludido, el documento minucioso tejido de salviedades y de escrúpulos, sembrado de las deducciones de los teólogos y los canonistas, piadoso siempre y suscrito por Don Mariano Cueva, para resolver que se debía dar sepultura eclesiástica a la poetisa quiteña, pues que siempre profesó en el credo católico y "en el acto de darse muerte no obró con deliberación, sino sujeta a una enajenación mental".

Se ha pensado en que pudo quemar las hojas de sus versos, antes del 23 de mayo de 1857, fecha en la cual quiso alejarse con sus veintiseis años urgidos en la premura de una esperanza superar, roto el alcázar de la fé, desolada de la compañía. Hermosa mujer cuyos ojos, valientes

para la inquietud de no detenerse, se abrían en una mirada descansadora y cuyos labios, de sonrisa plácida, no nos revelarían nada de sentirse o de creerse atediados y amargos.

* * *

Marieta de Veintimilla va por la ruta contraria de resoluciones y de avances. Cultísima, atrayente, después de triunfar en los salones con el raro concierto de la elegancia de su finura y de su palabra y con la belleza de sus ojos y de su inteligencia, descuella en el campo político, algo más, en el bélico, cuando se coloca a la cabeza de los soldados de Quito, para defender la dictadura de su tío el General Veintimilla, el cual se hallaba en Guayaquil. Combate como heroína y si vencida, nunca de-

rrotada, por las calles de San Francisco se la mira pasar, el ala del vestido acribillada por las balas e inmune el pecho aquilino. Presa y desterrada a Lima, en la ciudad de los Virreyes ensánchase el horizonte de su rica cultura y escribe allí sus *Páginas del Ecuador*, historia novelada del episodio del que fue protagonista, en una forma ágil, segura, pintoresca, nerviosa, real, como si por ellas se hubiese deslizado la pluma de un hombre que siendo novelador fuese también un artista de ingenio pronto y de memoria dúctil.

Su avanzar excepcional la hizo aparecer en 1904, veinte años después de sus *Páginas del Ecuador*, en la tribuna conferencial de la Sociedad Jurídico Literaria. Traía un centenar de cuartillas sobre Psicología moderna, paseo desenvuelto y agudo por los lares de los filósofos, desde la belleza

circular de Platón hasta los experimentos médicos de Ribbot y de Charcot, exponiendo la teoría del Inconsciente y penetrando, con delicado estilete, en las genialidades y en las anomalías, en un claro anticipo de lo que habían de llegar a ser las concepciones psicológicas de nuestra hora.

Cuéntase que un día la dama admirable que había llevado la ingeniosa elegancia hacia los salones del Rímac, después de cruzarse, con gentil voz de mando por entre las escuadras de la fusilería y que con igual sentido de penetración y de finura solía leer a un ordenado grupo de filósofos o interpretar una difícil romanza, fue invadida, en momentáneo temblor, por la impresión supersticiosa. Dejando para luego su dosis de lectura, estaba junto al piano y aun cuando en otro tiempo se hubiese sentado a la mesa de los tre-

ce invitados, oponiéndose a que se apagara el tercero de los candelabros, una mariposa negra, con trémulo aletear en la frente, la dejó pensativa y casi triste. Era la tarde de la escritora y de la mujer bella, cuya vida, antes de extinguirse, fructificó en los libros y en el pensamiento.

* * *

Nardo claustral, flor de heroísmo, ramo de gracia, inteligencia que no deja perder al alado designio de la sonrisa, difícil evocaros en el tiempo y en el espacio y menos figurar, con preciso valor, el lino de la toca, el círculo plegado del miriflaque, la opulencia contoneadora de la crinolina, el luto sedoso de la manta, con la cual, mujeres de Quito, sabíais ceñiros con tan singular como modesto

continente, el rostro casi siempre de
belleza morena, de un moreno mate,
de aquel moreno que sugirió a uno
de vuestros poetas la metáfora quite-
ña del "trigo tostado al sol".

AMORES DE HUAYNACAPAC

EL lápiz afectuoso de la viajera señaló las relaciones y diferencias entre los dos polos opuestos del viejo e ilustre Tahuantinsuyo; Cuzco y Quito. Más relaciones que diferencias, pues que ambas capitales de sierra uníanse en su destino central de ombligo, aún cuando las alejase la fisonomía geográfica. Más sierra el Cuzco, menos sierra Quito, ofrécense con su paisaje retrospectivo y con la figuración espiritual y política que debieron tener para Huayna Cápac, pero desde aquel fondo secular, en la misma distancia que las separa y en los rasgos especiales que las distinguen, las dos capitales antiguas no pueden por menos que resaltar em-

parentadas y similares. La misma gentil biógrafa de Pizarro ha trazado ya la frase de la semejanza y la diferencia, recordando a Darío: Quito era para Huayna Cápac "la amante", mientras el Cuzco continuaba siendo.....: sólo "su mujer". El vuelo del elogio, audaz si se quiere, es para Quito y las dos ciudades, en el símil casi enternecido, se alzan como mujeres que se partiesen el derecho de los amores huaynacapescos... Culturas afines, además, las de Quito y el Cuzco. En la Colonia, el mismo estilo pictórico que salía de su linealismo, buscando la suave curva de la forma. Y el oro para los vestidos de los santos. Y los grandes lienzos de las tardes procesionales. Después, aquí la floración de la novela indígena y allá el poema de la gesta aborígen. Si Huayna Cápac hubiera de levantarse en una difícil

reviviscencia, vería, acaso, en el polo cuzqueño, la conservación más asidua de los caracteres primitivos y aquí —prosapia de piedra también, asentada en las reliquias del pasado— el anhelo de trepar por las rutas que llevan a la vida nueva. Pero un poeta pretendió alguna vez, desmesurando la proporción de la fantasía, la posibilidad de que existiese, en horas remotas, un raro socavón de azulejos que podía haber unido, por milagro inexplicable, a las dos ciudades de añejos prestigios.

SAN FRANCISCO

A Hipatia Cárdenas de Bustamante

EN otro tiempo había de cumplirse, en estrecho sentido, con la voluntad del retiro sacerdotal. Diríamos más bien con la del aislamiento. Y los severos hijos del de Asís, casi no querían tener contacto con el mundo, naturalmente después de su pintoresca borrasca de la Colonia, hecha a golpe de guitarra y de sandunguero bailar, de la cual queda ese friso de anécdota del Padre Almeida, al cual se atribuye una décima de sabor teresiano y que se descolgaba de su celda, apoyándose en los brazos sufridos de un Cristo, de imaginería quiteña, hasta que el paciente de la cruz se incorporó para conminarle

con dulzura y el fraile sintió en la médula arrepentida al calofrío de la conversión.

Pero ahora los franciscanos quieren estar acordes con el nuevo siglo. Ya no existe, por ejemplo, el leguito mendicante en la tradición del Padre San Francisco, que solía decurrir guiando a su asnillo para merecer el regalo de especies y comestibles. Todo al golpe de un campanil cristalino y humilde. Caridad que los frailes del hábito pardo se la volvían a dar a los pobres que en la Portería de tallado gusto que se adorna con llenzos netamente franciscanos, formaron también un friso doliente, recogiendo la sopita en sus baldecillos de latón. Ya no hay la campana con lo cual llamaban la confesadora o la devota al Padre guardián, pues que ha sido sustituida por el moderno timbre. Pero esa incursión de

novedades relativas que van con el tiempo, no ha de oponerse de ningún modo a la severidad y belleza seculares de su templo magnífico, ni a la vasta antigüedad de su claustro solemne, ni al añejo carácter de su patio en el cual se alza la cruz de piedra, ni al huerto que se extiende en el solar último, con una dilatada fragancia de legumbres.

Sau Francisco se debe a Quito, cuya advocación conserva. Por eso es que los frailes descalzos no pasean únicamente sobre la leve sandalia, por entre los arcos de sus claustros, ni se dan con exclusivismo a esa regla cantora de la procesión de tarde sobre el mosaico de la antesacristía en sombra, que les pone frente a la meditación de la caducidad del cuerpo mortal. Ni van solamente a los oficios, llevando esas casullas de gran peso, bordadas en oro o en plata, co-

mo la que tuvo sobre sus hombros el padre del trigo en Quito, el célebre Fray Jodoco.

Por eso es que conducen a su coro el micrófono de la hora para que sean radiadas las notas de su órgano y las disertaciones divulgadoras de la armoniosidad arquitectoral de su iglesia y de su convento. Fray Agustín de Azcúnaga hace vibrar los tubos maravillosos. Y en ellos se precisan las notas de Bethoven, de la Muerte de Asa, de Grieg, de la ensoñadora serenata de Shubert, mientras Fr. Benjamín Gento, con el ceceo de la España, se alza en un decrepitivismo poético de la iglesia franciscana, poniéndola al lado de las mejores de la Península, con más que allí se advierte, en unificación admirable, una variedad de formas estilísticas que revienta, sin embargo, en unidad, con el recuerdo de los modos arábigos, la

luella mudéjar y, —lo decimos nosotros— con la aplicación del indo cuya diestra poseía una rara capacidad repulidora.

Así se vuelve a esa como llamada a nuestro arte cuya revaloración no ha de ser nunca de temática medida, por que el nuevo observador siempre acabará por descubrir el detalle que acaso habíamos echado de menos. Y así han de viajar, en las ondas de la radio, las interpretaciones del organista o los trazos del cronista pictórico de San Francisco.

Afecto de quiteñismo el de volver a San Francisco. Y no por orante propósito, ni en llegada, solamente, de fervores místicos. Regreso que ha de fijar, de nuevo, el aprecio de aquella fábrica monumental en la que a la presente no pudiera ocuparse el hombre veloz que construye en ambición breve de aéreo dinámica. Ar-

quitectura que en los siglos viejos...
cíase de una resistencia como presi-
dida por la fuerza de las eternidades.
Paredones para contener la nota jar-
dinera del silencio y dejar que sea
escuchado el caer del agua en la pila
de piedra. Arcos torales en rebrillo,
repetición centésima de la columna
de Salomón que a veces se adorna con
el motivo helénico de la rama de
uvas. Y al lado de los ángeles sin
cuerpo, solo con cabeza y alas, tam-
bién las figuras de los amorcillos.

CIUDAD SIN CAIDA

EL sismo pone tensión o pavor en los espíritus. Arranca el deseo de la fuga. Fuerza de la naturaleza, evocadora de los antiguos poderes plutónicos, que corresponde a las periódicas revoluciones geológicas y que da razón de que algunas veces la tierra suele moverse con ritmo más acelerado que el de su lenta rotación en los espacios, dando su faz a los astros y manteniéndose en armonía aristotélica de la cual ha de salir, en potencia alteradora de lo conforme, cuando el volcán respira o cuando las corrientes marinas estallan en el marremoto.

Hay un poema de Romero y Cordeiro, —la elegía del terremoto— que logró engarzar, en los pareados de

melódica factura, las imágenes de la convulsión terráquea que sintió la ciudad de Quito, pávida o angustiada. Allí se refiere el poeta a la catalepsia de las piedras cuyo grito no se oye y a la despreocupada actitud del hombre que no siente como se viene el terremoto, mientras ya lo saben las fuerzas naturales, casi inánimes, pero que sin embargo ya van a moverse. Y como en un clásico apóstrofe quiere cantar a las iras del subsuelo, al propio tiempo que, buscando la metáfora del espanto, expresa que como una viejecilla se agazapa la vida «adentro de la nuca»..... Y hay, después, un grito elevado que puede ser la queja del eje de la tierra.

Nuestro suelo andino estuvo, desde los días más añejos, en potencia de sismo. Y acaso los de la Colonia sean los que hubieron de resistir con más prolongada inquietud a la suce-

sión de temblores que pusieron a los hombres de esos siglos de lenta calmosidad, en vena religiosa y en procesional angustia. La misma literatura de la época cuajada está de alusiones a los terremotos, o de descriptivo epicismo en el cual aparece como el personaje que refunfuña en fuego, el viejo Pichincha, amainado a esta hora.

El archidonense Miguel Cabello Balboa escribió una comedia intitulada *La Volcánica*, sobre la erupción del Pichincha del año de 1575. Y los poetas del momento se rindieron al tema de nuestro volcán, de tan solemne facha de atalaya. En aquella especie de academia limeña en la cual presidía Diego Mexía de Fernangil, repitióse en algunas veces el motivo que preocupó a Cabello Balboa y que hubo de arrancar del Conde de la Granja, esa figura culterana

de que solo al evocar el nombre del Pichincha, se eriza el pelo en la imaginación....

En 1645 revuela por esta ciudad el pronóstico de Jonás, repetido por los oradores religiosos. Y el temblor sacude con intermitencias asustantes. Allí es cuando Mariana de Jesús, en plena nave de la Compañía, iluminada por un millar de cirios, ofrece su vida a cambio del bienestar de su pueblo. Por eso la representan los lienzos antiguos sosteniendo a los edificios de Quito que se muestran oblicuos pero que no tendrán caída.

EVOCACION TRANSEUNTE

QUITO, balcón de los Andes, escribió el poeta del himnario. Y el viajante de morosas errabundeces buscó el paseo trepador de las colinas, para ver a la ciudad en una de las tantas estampas cubistas que se recortan contra el cielo, al paso de los horizontes diversos. Y luego, de la imposibilidad de poder dominarla en absoluto, en panorama, hubo de pedir el avión sin que hubiera sido de su agrado la visita de pájaro. Porque a Quito hay que ir la reconociendo. Sólo en los divagares y en los repasos se la penetra y se la contempla y hasta el habituado a lo que en su quebradiza unidad es variación constante, acaba por advertirla, en muchas veces, nueva. Así ha de sorprender inesperadamen-

te al mismo que dijo conocerla por completo y por sobre cuya cabeza había fugado el detallismo pintoresco o el momento de observar ese alero raro, prendido en el ocaso, que no resaltó sino a merced de la nube auri-bronceada de una de estas tardes serranas.

Ya no vuelan sobre el Yavirac las adoraciones solares. Pero desde allí se puede mirar a la ciudad, como recostada, tendida en las rúas, para subir de nuevo, como si hubiese tomado impulso en el tiempo, hacia la ondulación de otras colinas.

Atalaya de San Juan, en donde los indios místicos elevaban sus oraciones a la luna, ese claro romántico de otrora, caído hoy casi en desuso lírico y vencido por el lampo de la bujía millonaria. Pocas moradas típicas quedan ya, soportadas por el estribo arquitectural, en esas calles rampau-

tes, pero desde sus altas azoteas puede asistirse a la teoría de luciérnagas que han esquivado la línea recta, para decir al contemplador noctívago que la ciudad quitense salvó, desde antaño, de su destino tirado a cordel, por mas que fuera el suyo el de vivir en la hondura de lo alto, elevada y presa.

Ciudad de subir y resbalarse, lo primero a lomo de cuesta y lo demás con el respiro que se distiende. De tal modo el paseante que se hallase en la plaza rectangular de Santo Domingo, daría, como cayendo, en la Calle de la Ronda, esa arteria pintoresca incrustada en la entraña de Quito. Allí en donde es fama que se batían en duelo a la luz de las farolas y frente a las rejas de otra edad. Estrecha callejuela que ha de fijar una visión toledana que arranca del puente, como si una película de mi-

niatura estuviera extendiéndose del objetivo que abraza casi a sus techumbres patriarcales.

Y de pasar bajo los arcos pétreos, a eco rítmico de pisada, reviviríase la imagen de los solares de Castilla. Arco de la Reina que sostiene al viejo Hospital de San Juan de Dios y deja que vuele la visión, calle arriba, hacia las difíciles escalas del Panecillo, en donde se asienta el pequeño fortín del cañonazo patriótico. O Arco de Santo Domingo, labrado y consistente, sobre el cual se asientan las redondeadas cúpulas de la capilla de la Virgen del Rosario, dispuesto, también, como un objetivo, desde el que parte la vía plana hacia el horizonte empinado de la loma.

Plaza franciscana de severidad añeja que se ha interrumpido, de repente, con el palacete o con las líneas del edificio que muestra el equilibrio

vertical del nuevo siglo y los ventanales de recibir la luz que ya no se cuele sobre la anchurosidad del patio. Plaza que se abre a los caminos que suben, que siguen a ras de las murallas, para eucontrarse con los símbolos penitenciales de la Cruz Verde. Calles estrechas y de pasar hasta los linderos de San Diego, en donde ha podado el cementerio sus antiguas paredes de cipreses que se levantaban en oprimida boscosidad, pero que se recuesta contra una arboleda que también sube y que nos da impresión de que, en llegando a lo alto del mas elevado eucalipto, estaríamos ya de viajeros en nube.

Caminos de La Tola, geometrizados, asimismo, en ascensión al Itschimbía. O ya de salida, casi de salida, encontrándose con el perfil volante del Libertador, raudo sobre el espacio, hacia la izquierda, esa múlti-

ple escalera que sube otra vez, como siempre.

Y detras de la centenaria Alameda, en donde la cicatriz del árbol ya no admite la gracia verdeante del retoño y en donde ha de enfriarse don José Mejía en su escultura salina, tiéndese el parque con sus promesas de mayo, que son las del reflorecimiento. Y así la ciudad comienza a seguir en su nuevo kilómetro, remozada y jardinera.

Mas el viajante de morosas errabundeces. suele volver al Quito viejo con su tema de perseguir una luz de hornacina.

NUESTROS POETAS Y EL GOZO

ESTOS poetas se han quedado fuera del gozo. No conocieron el vértigo de los naufragios ni el don perfecto de la longevidad. Siempre con un advertido suspiro présago, quisieron «adelantarse a la cita», como el melodioso epígono de Darío o gustaron de escoger la ruta, que no de proteico sentido pero de fatal cauce, condujo al primero de los cantores, a Borja, por «el camino de las quimeras». No quiero buscar nada, dijo el miniaturista de «Velada Palatina». Vivir de lo pasado por desprecio al presente, moduló Noboa, dejando que las horas adquirieran la dulce modorra de la romanza. Y todos, como si hubiesen adivinado el ritmo

de Manuel Machado, creyeron que su voluntad se había muerto en una noche de luna.

Quiébrause sus voces cuando ya se anuncian en la seguridad del treno sobrio que es la víspera de la palabra convencidora. Aletean en anticipaciones y en caprichos, no saben todavía su verdad, pero mojadas de la lágrima que es un tanto soberbia o está persuadida de su descunsuelo que rebasa de la piedad inútil de los otros, hácese de flexible encanto, ya que de fuerte dolor serían sordas o acerbas.

No alcanzan todavía a ser voces sapientes. Se quedan, mas bien, en el instante en el cual les parece necio que pudieran imprimirse en el oído universal con el prestigio de una sa-gaz meditación. Apuntan sólo en el preludio del *gay saber* que fluye como inconsciente de sus amables sen-

tencias y que hasta debe sonreír de la gravedad que busca una medida para la existencia. Y así, cristalinas y espontáneas, suelen a veces conducirnos en busca de los granos amargos de la filosofía.

Para sus parvos cuadernos en los cuales viven con gracia susceptible los geroglíficos del corazón, no pudiera escribirse el término que Guillermo de Torre buscó para que cantara definitivamente en su aprecio de la belleza: «Vale más una gran obra trunca que una perfección anodina o una belleza ritual». Ni la primera, con el comienzo del infatigable cincel o el acopio de la idea profunda, ni la belleza ritual que aparece casi siempre en el menudo pulido y en el encaje de mínima paciencia. La oscilante voluntad del péndulo ensaya su tic-tac de oro en la obra de estos poetas jóvenes. No puede sospe-

charse la cantera de los mármoles que hubiesen lavado para la perpetuidad de las figuras que imaginaban ya, decurriendo por los huertos quitenses de la mañana en los que mas bien place cortar las rosas de simbólica primicia y decir el sensible o irónico pasatiempo cerca del murmullo igual de los surtidores.

Para la bullente savia de sus amores no se habían trazado el arte del jubiloso y «encantador» Ovidio. Ni en pos de la ardencia del círculo que describió el Dante, hallaron la guía del divino mantuano para que el alma de la belleza se les ofreciera en la serena aspiración de una Beatriz. Purificáronse quizá en el río de fuego que parece depurar las imágenes visibles y extrae, como en obra de crisol, lo destinado a durar. Pero su verso quiso evaporarse en el viaje quemante.

No tuvieron la calculada intención del joven latino que para buscar una disculpa a sus pecados, describió en sus estrofas sonrientes la huella liviana de los dioses. Ni gustaron de pasear como el hijo de Florencia por las curvas del Purgatorio, para que ardiera tanto anhelo mal logrado; ni en el pergamino que curten el tiempo y la esperanza, trataron de miniar, como Petrarca, la perseguida figura de una Laura, hasta se quedara visible y eterna.

No hallaron el retiro de un Avignon para el duo que fuera perviviente. Solos, anhelantes, quisieron, de una vez, como lo había pedido el cincelador de Ritos, conocerlo, verlo y adivinarlo todo. Pero el anhelo prematuro no fué atemperado por la gradual tristeza que debe distinguir los colores del paisaje y marchar, con la pausa de los viajes serenos, gus-

tando de las frutas diversas que suelen rezumar un jugo nuevo en cada nueva estación. Se diría que la nota de San Agustín, ni conocida siquiera, fué tomada por estos poetas en desmesurado sentido. La vida es igual que una carrera, dijo el de Las Confesiones, advirtiéndolo que en ella no es posible detener la planta por el riesgo del retraso, aun cuando duelen las agujillas de las arenas y la sed horade el pecho, como un puñal encendido.

Si hubieran tomado la flexible verdad de aquella sentencia, el ímpetu de su carrera, se habría vuelto para ellos como la leyenda del anillo del Rey David, más bien de consuelo y de reposo, que de inquietud y de fatiga: 'Todo pasa....'

Señalados por los dioses no llegaron el límite cuerdo. En agitada y graciosa descompostura las uvas de

su vendimia se ofrecen como guirnal-
das arrancadas para decorar los arcos
cuyas columnas no pretenden ser de-
finitivas. No se exprimen aún en la
paciencia o en la alegría del lagar y
por eso han quedado enteras y casi
vírgenes.

De entre ellos hay uno que busca
sumergirse en las aguas antiguas, e
interroga, casi siempre con sonrisa, a
los símbolos que no tuvieron prisa:
Humberto Fierro. Su meditación
tiene una fuerza mas calmada. Pien-
sa en el sueño largo, bajo el árbol
preferido por el poeta de «Las No-
ches» y como seguro de que los cora-
zones de los cantores pudieran latir
aún bajo la capa de las arenas fina-
les, evoca, con delicada lamentación,
el canto de *algún sistro* acompañante.
Le preocupa el destino de «nuestros
libros».... «¿Hojearán nuestros libros
unas manos galantes —merecerá si-

quiera de los buenos amantes— una sonrisa nuestra cruz? ¿Seremos preteridos, seremos recordados— volverán a buscarnos los ojos bien amados, como un meteoro de pasión....?»

Gota de oro, el verso que no se congela con el aire frío, ni se disuelve con el calor de las estaciones, seguirá la ruta del tiempo constelado. Y este pomo de ambar en el cual nuestros poetas novecentistas vaciaron su íntima esencia, aunque de apariencia finita, podrá sustentar el tallo de la flor que renace. Otros y otros habrán de aspirar ese perfume que no se concluye.

NUESTROS POETAS Y EL VIAJE

AMBOS salvaron la distancia marina y hubieron de retornar a la costa que enciende los colores de la playa con la resaca de las conchas o el vuelo causado de los alcatraces pensativos, o al valle, como prisionero de las montañas, de San Francisco de Quito, desigual y no obstante de rara uniformidad en el ritmo de sus días: Arturo Borja y Ernesto Noboa Caamaño.

Sin embargo, sus poemas, florecidos más que de las mutaciones y de la curiosidad del viaje, de la quieta voluntad del regreso, acusan en el ápice de su gracia, el motivo propio, la seducción del paisaje nuestro, las visiones que se llevan, como para lavarlas en el agua de yodo y sal, como

para pulirlas —alabastro de figuraciones y caracteres— en la lima de los vastos arenales y, hasta de modo que se dijera inconsciente, para aislarlas de las extranjeras que suelen prenderse de la novel impaciencia de los poetas, más por adivinación que por el amor de recibirlas en la retina y devolverlas en el paisaje admirado.

Noboa quiso verter en su «Emoción Vespéral» el deseo del viaje. Pero no se trataba de una ruta calmosa y fija. Embarcarse y partir sin rumbo. Irse alejando de algún puerto, conocer mares ignotos e impulsado siempre por dos fatalismos que habían de seguirle y presionar en el sexto sentido de su vena poética, nuevas romanzas para las nuevas horas: el cortejo de sus penas y en las ondas glaucas, desconocidas, abismales, la tentación de las sirenas últimas.

¡Mares que no sintieron la huella de cristal quebrado de la estela! Guiábale el asombro del descubrimiento y el amor y el dolor, eran los imanes longevos en la brújula de su empeño.

Los hallazgos simbolistas que dieron alma nueva a las estrofas de Borja y Noboa, tomados en voces de los libros, trabajo lento de la perla que alcanza el buzo trémulo y que ya es suya para el engaste en el áureo filón de la mina propia, les fueron más bien de natural encuentro.

Ni Samain, ni Loforgue, ni Verlaine, evocados por Noboa al pensar en en el áloe para sus horas graves, las suaves manos de su madre: ni Baudelaire invocado por Borja en sus deseos de franquear la «mágica puerta»; les habrían sido familiares y traducibles en sus interiores símbolos, de no hallarse, en el dominio de sus es-

píritus, aquella especial afinidad, predestinación para el canto nuevo, alta para el vuelo que no se aprende ni se busca.

El viaje no fué de untuosa marca para sus breves pero precisos paisajes. Quizá pudo acelerar su discurso lírico y volverlo de más simpática universalidad. Pero si atendemos con mayor pausa a sus confidencias, no ha de sernos difícil observar la verdad de propia entraña que guardan y descubren alternativamente, sin el calculado artificio de quienes cierran o limitan su queja o su alegría por imprimir en la sobriedad de su media voz la elegante apariencia del cosmopolitismo.

La primera página del librito unigénito de Borja es una epístola a Noboa, pintura breve de la vida calmosa y para él de modorra y fastidio de San Francisco de Quito: público es-

peso y naufragio de los versos. En aquella insatisfacción hay el oculto designio de evadirse. El mismo estado de ánimo de la Emoción Vespéral de su amigo y compañero. Borja dice de su malestar cercado por las montañas; Noboa de una fuga incierta, urgida por el paso de tumbo de las olas.

EL ESTAMPISTA DESCONOCIDO

EN coincidencia con el cuadragésimo cuarto año de la fundación de la ciudad de Quito, se han leído los artículos pintorescos de E. Pyle, viajero como algunos que llegaron a deslumbrarse y a observar, y sobre todo a vivir unos pocos días en la curiosa búsqueda de la novedad. Cronistas breves e inexactos a ratos, como que no se andan en labores puramente historicistas, pero en otras de una humorística exactitud que es, precisamente la de su originalidad, ya que cumplen con el precepto de mirar las cosas o los paisajes como si fuera por la primera vez. Y así es. Llevan en su ojo la originalidad para ser disculpados y hasta celebrados. Y

dicen su palabra con sabor de prístina y se manifiestan leves y transitorias y nos convencen de que sus anotaciones han surgido al correr espontáneo y próximo de los recuerdos, sin que se preocupasen poco ni mucho del público grande o pequeño que es el que suele poner en fuga al escritor en postura oratoria y dramática.

Hay todo un ensayo sobre el humorismo norteamericano. Y si no recordamos mal, en él se alude a una especie de frescura que distingue, por lo general, a los escritores de la índole, de la América del lado del Atlántico. Ironismo desprendido del mordente sabor del epigrama, y hecho mas bien como de la sonrisa del hombre bueno que está en capacidad de atreverse a comparar el progreso que le rodea, maquinístico y rítmicamente acondicionado a la holgura de la vida, con el que en el trópico de

planicie o en el Ande empinado, va en etapas lentas o se muestra en contrastes que parecen violentos al cronista de buena voluntad, entre el retazo urbano que ya sobresale y se califica, y el lugar de bucólica, calmoso y hasta tocado de tal o cual pincelada idílica. Contrastes de los cuales se apercibe Pyle, aún dentro de la misma ciudad, pues que luego de visitar las calles citadinas entre las que hay algunas con lugar para los palacetes de asiento bursátil, ha trepado a la colina desde la que se mira la ciudad blanca y apiñada, el Panecillo que no se nombra en la relación, por explicable desmemoria del cronista, para encontrarse en ella con un rebaño plácidamente pastoreado por quien observa con cierta extrañeza al viajero de aire distante.

Dícese caminante empedernido el que matiza su relato con términos

que habrán resultado de dificultad para el traductor y que no oculta su temblor, exagerado con deliberación, al escribir sus páginas, cuando sufre en el cruce de la Nariz del Diablo, marchando en nuestro ferrocarril al que llama uno de los mas dramáticos de Sud América, pues que desconoce el término de justo calificativo para lo que vence el peligro.

Para Quito, la ciudad de los cuatro siglos y cuatro años, tiene Pyle un fuerte elogio. Es limpia perfectamente, como las de gran altura. Observación que se marca con no sé que novedosa gracia que se alista contra las excepciones. Y cae Pyle, enseguida, en la inexactitud de su prisa sin informaciones, pues que se admira de que Quito sea tan moderna, cuando solo fue abierta unos años atrás. . . ¿Abierta? Se refiere el viajero al proceso de su modernización

que se aparece sin embargo, como una miscelánea artística para quienes quisieran el predominio de un estilo que tendría que ser el quiteño?

Mas tarde llega Pyle a un templo y se deslumbra del dorado revestimiento de naves y retablos. No ha sido amigo de visitar catedrales, como lo dice con su extenso ingenuismo, pero ese encaje de brillo le retiene en actitud contemplativa.

Privado por el contrarse, no se cansa de tomar la estampa del camino sonrientemente seguro desde luego de que en ese mapa que se le ofrece novísimo, no alcanzará a señalar la certeza del historial. Y así se sorprende de mirar a un elegante oficial de Ejército ecuatoriano que por lo pulido le parece hasta cinematográfico y a pocos pasos, la figura de la india vieja, marchando con pies des-

calzos, bajo una carga de madera que le doblega.

Pudiera patentizar Pyle, de seguir en sus rápidos apuntes, un nuevo carácter literario, el del stampista. Con un paciente seguirle pudiéramos extraer de su relación más de una veintena de figuras escorzadas, insinuadas o como trazadas a lápiz breve. Naturalmente lo que le atrae con mayor urgencia en el exotismo de nuestros campos. Por eso es que sus ojos siguen insistentemente al indio que va en su colorismo de indumentaria, a ras del fondo pétreo de nuestro antiplano. Le inquieta su velocidad de transportar y comparándole con el ejemplar aborigen de otros países, a este le sabe en marcha sin reposo, mientras aquellos hacen largas treguas en el camino. Medio en piedad se desenvuelve ese lápiz pylesco, cuando trata de los

burros, dándoles el nombre criollo y hasta familiar y suponiéndolos a esos tan cargadores como los indios.

Tuviera que resbalar en pérdida de tiempo el rectificador de la inexactitud pintoresca del cronista que se produce en cinematografía de detalle, como otros autores de páginas semejantes que conocemos o ignoramos. Por otra parte, ninguna propaganda de turismo será capaz de quitar su originalidad de visión al turista. ¿Como hemos de oficializar netamente el paisaje? Pyle y los otros han de contemplarlo según sus ojos, porque cuando queramos imponer al estampista espontáneo nuestra estampa ad-hoc, habrá desaparecido el turismo.

PSICOLOGIA DEL QUITEÑO

EN los países de largo dinamismo se acaba por perder la cortesía. Así lo han anotado los viajeros que pusieron su planta en varios caminos y que llegaron a muchas ciudades. Acaso sea la prisa de vivir la que dicte esa manera brusca de pasar. O las urgencias de la existencia que no pone reparos en el arte, en las más de las veces natural, de contentar con el gesto atento y el cumplimiento que es como una secreta fortuna del que se llamó el don de gentes. Ese carácter es el que Rosa Arciniega ha querido señalar en los quiteños. Exquisita educación, refinada galantería —dice la novelista que nos visitara—, la que se desparra, sin alardes de forzada mane-

ra, del espíritu y la actitud de los quiteños. Y se sorprende de la comprobación que generaliza. Esa amabilidad no es de reconocerse solamente entre quienes pertenecen a las clases sociales que, por sus especiales condiciones, debieran estar en aptitud mejor de cortesías, pues que en todas se la practica y se la mantiene. El quiteño, añade la autora de «Vidas de Celuloide» y «Engranajes», es hombre llano, demócrata, sencillo, sin atrincheramientos. Con lo cual ha de verse que se puede concertar el poder espontáneo de la simpatía y el fino ademán, con la cualidad de la sencillez. Rasgo que, sobre todo al ser revelado y proclamado por quien no es de estos lares, habla elocuentemente de la bondad de una ciudad. Que lo es, justamente, en gracia de su ausencia de selvatismo y de su carencia de brusquedades. Que se

ha limado con la sonrisa, hasta medirse por sus valores de acogimiento. Y que tiene el poder de no entenebrecerse subjetivamente, ni aún en los días en los cuales su paisaje se baña de lluvia y los cielos se encapotan con tonos de gris o de negro.

Rosa Arciniéga ha paseado por los portales quiteños. Esos con historia y tradición. Y allí ha observado el tejerse de las cortesías que tanto se grabó en la viajante benévolamente prevenida, hasta el punto de estimar que ellas pueden ser datos de primer orden para estudiar la psicología del quiteño. Y así debe ser, por más que en el humano agitarse de los días y de las situaciones, no estemos libres de tal o cual pasioncilla, que brota del mismo existir de la biología. Pero aquí, hay que confesarlo sin auto elogio posible, el resentimiento.

miento efimeriza su parábola; el odio se estrangula en la paradoja y lo que fuera problema de urgidas respuestas o de beligerancias agudas, se resuelve en el epigrama. Allí mismo, en los salientes pétreos de las verjas del parque de la Independencia, han sido elaborados los más de aquellos, sin intención perdurable, pero con el analítico sentido de penetrar en la solemnidad aparente, para ir la contemplando a la inversa, o de hallar el antídoto de gracejo para la amargura que a veces comienza a ponerse triunfante. Y luego, la desmemoria, elegantemente mantenida y cultivada, que es también, sin contradicción, lujo de civilizados. Olvidar un poco para no volverse rencorosos, cuando el epigrama alivie y la respuesta, como que va a dar el gran susto, se distienda solo en una serpentina de sonrisa.

También ha visto el aprecio, más o menos general, con el que aquí se admiten las cosas de la inteligencia. Habrá el que rectifique, en alguna de sus partes, las afirmaciones de quien nos ofreciera esas sugestivas biografías contadas de los grandes músicos. Pero hemos de recoger el dato fijado por la limeña. El quiteño lleva, según ella, una antología oral, pues es un lector de comprensividades. Y aprecia a sus escritores, los mismos que, en un medio sin editoriales ni empresas suficientes de publicidad, no han de ganar de la pluma. Pero hay otra suerte compensadora para el aprecio de la novelista. Y ese es el de la inteligente atención que se presta al poema o al libro. Pago espiritual que no se recibe todos los días ni en todas las latitudes.

Fuerza es volver a la cordialidad de Rosa Arciniega, la que no se afana por encontrar el lado amargo que existirá fatalmente en todos los climas, aun cuando en algunos se haya tratado de eliminarlo. A la voluntad de simpatía con la cual, en excepción ahora si lograda, se ha paseado Rosita por la Quito que resiste a la calumnia y a los temblores.

ANTAÑO Y HOY

AQUEL que vivía en el barrio bajo, cultivando en retiro su tiesto de geranios, llegóse en una mañana hasta el tejado de su casa vetusta para tronchar la siempreviva que se aferraba al barro del intersticio, sin dejar en paz a la gotera. Y contra el sol de setiembre, hubo de mirar, mas alto que las torres del Bolívar, el primer rascacielo quiteño. Ciudad trepada que se afila todavía en su inquietud de subir. Que está perfilando sus agujas y que comienza a insinuar velocidades de altura en los nuevos pararrayos.

En antes, solo desde las torres monásticas era posible asistir a la ruta mas empinada de las golondriuas. Esas que llegaban, a veces, a beber

el agua llovida que se alojaba en los tiestecillos de los mecheros de la torre agustiniana, o que caían, en otras, por la oscura gradería en caracol de la torre de San Francisco, para recobrar, al fin, la luz en sus patios amplios, e ir en revuelo por sobre los lienzos de Santiago o a picotear en el pan de oro de los vestidos bordados de sus imágenes.

Pero la vida nueva que se cultiva en anchurosidad y altura, está reclamando para pronto el botón de los ascensores. Y en un día hemos de embarcarnos para el trigésimo piso, mas lejos cada día del nivel del mar, pero siempre mas cerca del cielo.

Quito, arrabal del cielo, según la frase que grabara Jorge Reyes, cuando quiso confiar a su ritmo de ancho gusto, los apuntes del pasado de la ciudad, la viñeta de capa y guitarra, y el presentir que amanecía también,

salén, custodiada, acaso, por la capilla del Robo. Y en buscando trances de recuerdos, el quiteño de antes que asciende por la nueva gradería de El Belén, extraña los terrones antiguos, por mas que se aproxime, después, a sus retablos, decurriendo por su nave pequeña que parece contener el aliento del siglo muerto.

Y quien, fatigado de la varia modernidad de la Mariscal, emprende en un retorno de bajada, hallaráse, siempre en declive,—el valle que lleva al valle—en un descenso bordado, en marcha al pueblecillo de la tibieza iusólita, lleno casi todo en su placeta de soledad por el Santuario de Guápulo.

Por los barrios nuevos se tienden mas veloces la evasión o la convocatoria. Por eso los rostros de los recién llegados, de pátina ultramarina, ya no concitan la sorpresa.

Y es mas fácil salir, aun cuando desde la linde de los mares o la ciudad mas dinámica pero menos peculiar, se volviese al índice de la nostalgia, por el deseo de regresar a las calles que figuró, en móvil actitud o en perfil oblicuo, el pincel quiteño de Guarderas.



INDICE

Nota.....	5
El Evocador.....	7
Perfil de Quito.....	21
Mujeres de Quito.....	28
Amores de Huaynacapac.....	75
San Francisco	78
Ciudad sin caída	84
Evocación transeunte.....	88
Nuestros poetas y el gozo.....	94
Nuestros poetas y el viaje.....	102
El estampista desconocido.....	107
Psicología del quiteño.....	114
Antaño y hoy.....	120